

Chihuahua, Sierra de roca, arcilla y madera.

José Arturo Martínez Lazo

El tarahumara "va a Parral, a Cuauhtémoc, a Chihuahua. Cruza la llanura . Como un vagabundo sin destino, extendiendo la mano para solicitar la `córima` (el regalo) que le da un bocado y un poco de ropa. Se va transformando así, al paso de un peregrinaje sin fin, en un hombre sin sentido, sin patria y sin marca tribal... Lleva a la espalda un atado en el que irá seguramente el pinole, el cantarito para el agua y el sarape de sobrios colores para cubrirse del frío. Parece ir hacia una meta que le espera en el infinito, pero se ignora si ella se encuentra en el futuro o en la muerte. Es el símbolo de una fuerza que ha roto la civilización; supervivencia de una cultura antaño adaptada a las condiciones geográficas, y que hoy se ha constituido en su propio e inexorable verdugo."

Fernando Jordán.

No existe una cronología completa y detallada de la ocupación cultural de la *Sierra Tarahumara* en el *Estado de Chihuahua*, sus pétreos farallones abismales serpenteando la montaña proporcionan una enorme diversidad ecológica y un valioso material científico que día a día resiste el sorprendente y furioso impacto del *hombre contemporáneo*.

Éste hombre *civilizado* indiscriminadamente altera el balance ecológico, destruye, desmonta brutalmente para hincar los postes de las alambradas, para hacer leña de sus troncos, hacer leña o astillas para vender sin dejar un solo encino, sobre explota bosques y afecta los patrones culturales y económicos de los grupos tribales *tarahumaras*, *tepehuanes*, *guazapares*, *pimas* o *varohíos* de ésta majestuosa sierra del norte de *México*.

Conforme con una presumible silvicultura en *Chihuahua* se ven numerosos troceros, incansables y agobiados camiones madereros recorriendo los múltiples caminos serranos con apilados popotes, rollos o bolillos, cada día, cada hora, no importan las secciones de los troncos ni la edad del pino, pues aún a los que son pequeños, les encuentran uso. El proceso puede ser capaz de no parar hasta finiquitar con el último pino en pie, mientras que el índice o mal llamado *aprovechamiento* con la tala de bosques en algunos países como *Alemania* es de cero.

El implacable depredador de las coníferas al norte de la *Sierra Madre Occidental*, parece desvincularse de la descomunal percusión local y regional. El despojo voraz y devastador del patrimonio natural y cultural, lo mismo subestima al hombre que ignora que el agravante no es la profunda cultura *Tarahumara*, sino que sus empresas se suman al hambre, a las enfermedades, al desconocimiento del medio, a la desertificación del bosque y a la precariedad de las lluvias, al bajo rendimiento agrícola, a las

inclemencias del tiempo o aún a la desintegración social y familiar que se inducen por el antagonismo y el atraco cultural del asalto sectario religioso, la injusticia o el vicio de blancos y mestizos.

En tales circunstancias la cultura y la arquitectura vernácula del hombre de la sierra de *Chihuahua* rara vez han podido ser apreciadas; su labor casi anónima se identifica con los regímenes del medio físico y los recursos naturales, suficientemente amplios, pero a la vez frágiles y perentorios.

Alcanzando la altas cumbres en la imponente *Serranía Chihuahuense*, orla el pino precedido por el táscate, el madroño y el encino, los altiplanos o los majestuosos picachos y crestas a más de 3 000 metros de altura sobre el nivel del mar, son drenados por profundos e indescritibles barrancos en cuyos lechos, hasta de 1 500 metros de profundidad relativa, persevera el amate, el aguacate, el pitayo o el espino.

Asediados en la alturas el oso, el venado, el puma, quizás el lobo, el guajolote o las ardillas, parecen buscar protección a su total exterminio, y tampoco sobreviven a la absurda y voraz cacería el coyote, el puma, el jabalí, la codorniz o la iguana, en el cálido fondo de los espectaculares peñascos.

Las poblaciones *chabochis* –hombre blanco en tarahumara, desfilan por las zonas forestales, los socavones mineros o las antiguas vías ferroviarias, la mayoría de las cuales en la actualidad están desmanteladas junto con sus estaciones *porfirianas* –siglos XIX y principios del XX-, mientras que los *rarámuris* –tarahumaras- poco a poco se deslizan por estrechos valles o se preñan a la montaña.

Los asentamientos *tarahumaras* original e históricamente dispuestos en torno a los *Pueblos de Misión*, sin la influencia y fortaleza que durante la colonia mantuvo la *Compañía de Jesús*, poco a poco fueron segregados o despojados.

El *tarahumara*, asevera *Fernando Jordán* es “*delgado y alto (longiesquélico), moreno cetrino, fuerte de pómulos con un pequeño apunte de ojo mongoloide, débil de musculatura, pero extraordinariamente (mejor dicho increíblemente) resistente; tiene algo de venado. Le resulta casi imposible levantar cargas demasiado pesadas, pero es capaz de correr dos días seguidos y aguantar sin mucho inconveniente el hambre y el frío. Es un tipo humano adaptado a la Sierra Madre, a su orografía y su economía; totalmente inadaptado a la cultura occidental. Su idioma es musical, plagado de esdrújulas y suave en la terminación de vocales... Son pastores y cultivadores...*” el *tarahumara*, agrega *Fernando Jordán*, posee “*una gran dignidad, una honestidad a toda prueba, y una nobleza sencilla en sus actitudes, que mejor podría explicarse por la palabra elegancia*”.

Los *tarahumaras* a su vez refería *Peter Masten Dunne*, “*son aún hoy en día la tribu más compacta y antropológicamente más pura de México*” y dice: “*Desde tiempo inmemorial, las cuevas en la sierra, en las barrancas o en los farallones, como por ejemplo cerca del nacimiento del río Papigóchic, han*

servido de morada a algunos de la tribu. Sin embargo, desde que llegaron el blanco y los misioneros, hace trescientos años, el tarahumara ha aprendido a construirse toscas y primitivas chozas con tablones y troncos de pino”.

Normalmente las *comunidades indígenas* desde los siglos XVII y XVIII se encuentran apostadas en *casas y cuevas dispersas* en las cercanías de los viejos núcleos constituidos en torno a la antigua *Capilla, Iglesia o Misión*, cubriendo extensas áreas sin la menor presión ejercida en las rancherías por alguna zonificación o planificación discrecional. Más allá de la *entidad económica o empresa* de la *Misión Colonial*, hoy se contempla la posibilidad de poder asistir al oficio religioso, con el *sincretismo* de un *catolicismo popular y natural* con personales y heterodoxos giros o adaptaciones, en el mismo lugar en que se levantan la *Casa Comunal*, en ocasiones el *tehuecado*, la escuela y un par de desparramadas tiendas y habitaciones.

Describía *Fructuoso Irigoyen* al poblado de *Cerocahui* de la siguiente manera: *“En el capítulo anterior hablaba del paisaje. Un valle creado por el arroyo que serpentea entre las montañas –Ropárabo, Seerórabo, Cerro del Sapo, Salitre, Monte calvario, El Metate- un puñado de casitas, una iglesia de cantera rosada con su torre frontal y campanario rematado por una pequeña cúpula de color amarillo; su gran cúpula, también amarilla, original del antiguo templo colonial; vitrales emplomados con escenas de la vida de San Francisco Xavier. Frente al templo, en un amplio solar atrio, una gran cruz de cemento con el grito cristero: ‘Viva Cristo Rey’, grabado en su basamento. En el costado derecho de la iglesia la casa de los misioneros, de planta cuadrada, con un patio central cuidado con esmero por el hermano Jáquez. Pasando la calle a la izquierda el ‘Tehuecado Guadalupe’, actualmente la escuela de Cerocahui e internado para niñas tarahumaras, está en un edificio que de lejos da la impresión de ser una fortificación, pero que siempre tiene las puertas abiertas.*

La pequeña plaza, frente al templo, con un monumento a la bandera nacional, cercada con grueso alambón; sus graníticas bancas con los nombres de los donadores grabados; es el escenario de los bailes dominicales y de los días de fiesta, único medio de diversión con que cuenta la localidad.

Rodeando la plaza: la casa de don Ezequiel, el comercio de don Ramón, el comedor de doña Raquel, la tienda de José, la casa de Edipo, la tienda de los Díaz, un edificio ruinoso, pintado de gris que aloja a las autoridades de la Sección Municipal y del Ejido, y las casas de don Inés y don Chico. Así está formado el downtown de Cerocahui, el resto del pueblo lo forman dos manzanas y casas aisladas a los dos lados del camino.

*Sobre un lajero –así llaman aquí a la lomas de piedra maciza, que no están cubiertas por árboles- está el Centro de Salud, un edificio de hojalata y asbesto carente de toda estética y buen gusto. La gente le llama el ‘Hospital’ y a muchos les produce miedo por ser –a pesar de su nombre- símbolo de enfermedad y de muerte.” Fructuoso Irigoyen continuaba así describiendo a las afueras del pueblo dos cementerios y una nueva *Escuela Albergue* del entonces llamado *Plan Tarahumara*.*

Cuando el *misionero jesuita* funda los pueblos de *Misión*, aumenta bajo su tenacidad la cantidad de información en el *tarahumara*, la movilidad de su hogar, entonces no exenta de problemas, hacia el lugar de la *Santa Custodia* ocasiona cambios profundos en sus modos de vida, las aspiraciones varían y desde entonces se ven en la necesidad de congregarse con mayor frecuencia en actividades comunales, aparte de sus tradicionales rituales del *Jiku-ri*, las festivas *tesgüinadas* o las impresionantes *carreras de la bola* o el *buayal*; de tal manera se relacionan la planificación de la *tierra* con la *social*, la *familiar* y la *religiosa* en un proceso de asentamiento en parte fortuito, en parte necesario o funcional, reflejándose en el uso del suelo un sumario de diseño no evidente, elección o selección, considerados por necesidades vitales, emocionales o requerimientos materiales básicos tanto como por determinantes históricos, pues acaso de alguna manera alcanzaron a influir en estos confines las *Reales Ordenanzas de Felipe II*.

También históricamente la influencia *legal* sobre el *asentamiento tarahumara* deja sitio para los siempre necesarios *nuevos* inmigrantes, así como el aumento de la productividad *minera*, el incremento del usufructo *forestal*, la generación del precario equipamiento y servicios urbanos o el preliminar tendido de las cintas de acero o el posterior *asfalto* entre comunidades y serranías. Todos estos factores generan núcleos de atracción que derivarán en el incremento de la movilidad de gente de unos puntos a otros, abandonando algunos sitios y arribando en otros, conforme se agotan los recursos naturales y mineros.

Al respecto *Francisco Almada* hace una relación histórica de la legislación con el extrañamiento de los *Jesuitas* en donde aclara que, ocurrida la expulsión de los misioneros de la *Compañía de Jesús*, a mediados de 1767 se interviene en los *bienes tarahumaras* como si éstos se tratasen de *temporalidades religiosas*, siendo reparado el error veinte años más tarde.

“Una ley expedida por la Legislatura Local el 26 de mayo de 1825 autorizó la reducción de los bienes comunales de los pueblos de indios a propiedad particular, en cuya forma se inició la invasión de los blancos y mestizos, que poco a poco fueron adquiriendo propiedades que eran de los naturales...”

Luego continúa señalando cuando en la *administración Juarista*:

“El 25 de junio de 1856 se expidió la Ley de Desamortización de los bienes de manos muertas y en una forma injusta y equivocada fueron desamortizados los bienes que les quedaban a los tarahumaras, bajo el principio erróneo de considerar a los pueblos como comunidades civiles, en virtud de que los Ayuntamientos y Juntas Municipales intervenían en el manejo de los fondos de comunidad para evitar filtraciones. Conforme los blancos y mestizos que han detentado sus bienes, se han ido introduciendo a los pueblos de la Sierra Madre, los tarahumaras se han ido alejando de ellos, remontándose a la anfractuosidades de la misma Sierra.”

El uso *tradicional* de los materiales locales en la construcción, se rige en gran parte por el patrón *histórico* de los grupos *étnicos*. Por un lado tenemos al *serrano* de casta *hispana*, por el otro la familia *ópata-pima*, y entre ambos, al *mestizo* aún escaso en la región. Pero en su *arquitectura* son los mismos materiales trabajados en diferentes y particulares formas, ofreciendo una gran variedad de opciones y conociendo las propiedades características de cada uno de ellos, siempre preservados a través de sus necesidades elementales; si bien en ocasiones con verdaderos alardes de *abstracción*, en otras con una conmovedora *ingenuidad*, resultado de su prolongada evolución, adaptación o racionalización del *bosque*, la tierra y las *montañas*.

Se conforma así un concepto que va de la *sinceridad* a la *expresión*, de la *función* a la *tradición*, como una *profunda interrogante* a nuestra *actual arquitectura urbana*.

Diversos aspectos *culturales* han ejercido influencia determinante tanto en los grupos *indígenas* como en los de habla *hispana*, siendo aún más notoria la intromisión del *blanco* sobre la vida privada del *tarahumara*, quien va cambiando sus usos y costumbres al contacto cada vez mayor con los núcleos urbanos, a lo cual se debe enfatizar, que más allá de los intereses y del violentado sectarismo gregario, está la *pacífica convivencia* entre el *tarahumara* y la *hospitalidad* y *franqueza natural* del serrano *chihuahuense*.

Por lo común los materiales de construcción son el adobe, la piedra y la madera, con algunas variantes provenientes de la diferencia étnica de tarahumaras y no tarahumaras; pero a la vez con estrechos lazos de parentesco.

En cierta medida la madera (gú/kú), ha pasado a ser factor decisivo en el desarrollo regional de la vivienda, pues vinculada al contexto *ambiental* se la encuentra continuamente en la *solemnidad del bosque* la cual unifica a la vez, sus cualidades *térmicas* y *constructivas* sin necesidad de sofisticados instrumentos de trabajo, complicadas maquinarias o materiales artificiales.

Cuando se usa en tablonés, la madera antes de apilarse es tratada sólo en época de lluvias, ya que el hongo no le produce daño alguno cuando la encuentra ya seca. Cabe aclarar las sutilezas de la *madera industrializada* secada en estufas para su *deshidratación*, o aquella otra *desflepada* para acabados finos con tratamiento de *sales especiales* para conseguir su *inflamación*. La *clasificación comercial* de la madera, a grosso modo dependerá del *color*, la *albura*, los *hilos* o *vetas*, los *nudos* que se desprenden y la *trementina*. Esto es una clave importante que nos permite comparar el conjunto de actividades relacionadas con el *uso* e *industrialización* de la *madera* y el verdadero vandalismo en los *bosques* de *Chihuahua*, respecto a una *tradición* tan *sencilla* como el corte y desbastación del pino a punta de *hacha* o *hachazuela*, apuntalando *vigas* de cabañas, ensamblando *cercos*, *rejunteando* muros o coronando techos.

Existen muros en donde sus laderas descascaradas dejan ver el castigo de la erosión como heridas del abandono, en donde el humilde *adobe*

(su-pa-na-rí) se allana para expiar el barro de sus entrañas y entregarse a la conversación diaria con la tierra.

Aún con el despellejamiento, el aguacero insolente no abate los *centenarios* muros, porque algo queda de su impávida presencia de piel de tierra y *encalado* abolengo; sus juntas ya profundas, corren buscando los rincones y el silencioso material consagra sus entrañas al *testimonio* histórico popular que recuerda su humilde origen, obrando el formidable milagro térmico y la protección aguardada.

El gran uso del *adobe* continúa dadas sus enormes *cualidades formales*, su *espontaneidad* y *economía*, sus facultades *térmicas* y su permanente presencia en éstos lugares de moderada humedad, pero el noble *su-pa-na-rí*, parece ya estar resignado a esperar la muerte al sentir los pasos de la *civilización*.

La *piedra* entra a la vista sin casi mirar de reojo y proporciona la antesala teatral de las inmensurables estructuras *megalíticas*, canon del equilibrio, modelo de legítimas y probablemente inconscientes imposiciones de la geología al *artífice*, el pequeño hombre que parte de todo este complejo natural y se prende a una roca, realiza voladizos en portales y moldea el barro de sus chimeneas con olor a *táscate*.

Mientras *San Juanito*, de escasa población tarahumara se engalana de cabañas de madera, casas de adobe y escaleras exteriores, *Cusárare* (*Kusá-aguililla*, *raré*-lugar de) en sus principales edificaciones del *Pueblo de Misión*, hace acopio del adobe en un contexto de vivienda *tarahumara* reservada en cuevas (*re-so-chí*), recogida en las enormes rocas de las cumbres (*ra-ya-bó*), entre cercos de madera y piedra (*te-go-rí*) y en los puertos de altos lajeros y peñascos. Tales construcciones *tarahumaras* muestran la unidad mimética con el medio, en donde en ocasiones difícilmente puede precisarse el tiro de algún *fogón* o *chimenea*, el pacer de sus cabras o el enhiesto de sus habituales *cruces*.

En poblados como *Yepachi*, *Creel* o *Bocoyna*, las casas de adobe o piedra poseen habitaciones de poco mas de 5 metros (≈ 16 pies) de luz y generalmente en número de cuatro y de proporciones rectangulares, con inclinadas cubiertas cuyos *aleros* se prolongan hasta formar el *portal* del frente; lugar amplio y fresco de ésta forma guarnecido de la lluvia o la nieve y provisto con instrumentos de labranza, enseres domésticos o monturas y *aparejos*.

Existe también la disposición de cuartos en dos baterías, unidos al centro por lo que vendría a ser la cocina o estancia y el portal al frente, de tal manera que acusa en planta una forma de `C` pero con módulos rectangulares.

Dicho `portal` puede estar limitado al exterior por un *poyo* o banco de piedra o adobe para sentarse o para poner la *batea* y lavar la ropa con *calabacilla* o *jabón de lejía*.

Hacia el interior de las casas, siempre *hospitalarias*, los espacios son amplios, limpios y agradables con pisos de *enjarre*, *machimbre*, *tarima* o *duela* y con mobiliario sencillo, *'calentones'* o *fogones* en los cuartos y la *estufa de leña* en la cocina, horneando un delicioso pan de levadura o calentando un aromático café.

Los cimientos hechos de piedra y *zoquete* (barro) varían de 50 centímetros a un metro de peralte, sustentando paredes de adobe o de piedra *enjarradas* con arena y cal; los muros de piedra *rajueleados* con lajas *'para que agarre el enjarre'*.

A partir del coronamiento del muro viene el *latón* o *solera inferior* de la *lata*, par de maderos o tablas entre los cuales se aseguran las vigas, permitiendo la distribución uniforme de las cargas concentradas de los *machones*, encima de la cual se apoyará el *entretecho* de *terrado* y en cuyo perímetro quedará apoyado el *'tejabán'* o techo, apuntalando la viga o *lata central* (en la *cumbrera*) por gruesos *horcones* que a su vez resistirán el peso de las *vigas transversales* apoyadas en la *viga madrina* (principal) que caerán hasta el *portal* para apoyarse plácidamente en columnas de *fuste* y *capitel* a guisa de *zapatas de madera*.

Los *'tejabanes'* o techos pueden ser de troncos con *tableta de madera* (corteza de pino) y *tapajunta* o *canoas* detenidas con *estacas* a la *lata* y de un lado encimadas a las otras, todas ajustadas con hacha y sin necesidad de *tapajuntas*; aunque últimamente cada vez más se van sustituyendo éstos techos por cubiertas de lámina acanalada incluso aún con otros materiales deleznable como el papel y la grava silicosa amarilla (grava o arena de río adherida con pasta), ya que por ejemplo con las *canoas* *'se gasta mucha madera'*.

Finalmente al abatirse, clausuran el menor halo de luz, recias puertas y ventanas de *tabla* o *tablones atrancadas* con *soleras*.

Por otra parte son realmente deplorables y por demás absurdos o vergonzosos los programas de construcción de *vivienda mínima* y con sistemas y materiales *convencionales* en algunos poblados de la sierra, sin espacios familiares y sociales de convivencia y con el carácter arquitectónico de la *pseudo modernidad* y el *falso progreso*, tanto como la rehabilitación o *remodelación* de la *vivienda*, los *edificios públicos* y las *iglesias* que prácticamente arrasa con los *contextos históricos* y con la *arquitectura vernácula* transformando con ellos a los poblados en tristes émulos de los conglomerados urbanos *sin personalidad* y con una *caótica imagen* de suburbios, colonias o barrios de ciudad degradados, los cuales destruyen tanto, como la remodelación de plazas y la deforestación de calles, alamedas y espacios públicos de algunas administraciones locales que quieren que su obra *'se vea'*.

Los *huacales* de *vigas* o *cabañas de madera* se desplantaban sobre cimientos de *piedra* y *lodo*, encima de los cuales se apoya el piso de *tarima* o *tablas* separado con piedras *'para que no se pudra'*. La madera usada era

tomada del pino del lugar, comúnmente *ayacahuite*, *piñonero*, *engelmany*, *arizónica* o *radiata*, cortado del ejido en medidas de 2, 3 ó 4 pies con *hacha* o *serrucho* y abierto con *machete*. El pino sin corteza puesto a secar al sol durante 20 ó 30 días puede ser usado en estructuras, muros y cubierta con períodos de uso óptimo con mucho superiores a los *cuarenta años*.

Los muros de troncos entrecruzados, al menos en sus uniones, son aplanados o *rejunteados* con *lodo* y *cal* en los interiores. Los *latones* antes descritos se colocan dobles y a '*punta de clavo*' para que el peso de la nieve '*no aplaste y no levante el tejaban al aire*'. Prototipos maravillosos de clavos de madera aún pueden verse en un par de ejemplos en *Norogachi*.

El '*tejabán*' igualmente soportado con *horcones* se prolonga hasta formar el *portal*, también uniéndose con las vigas en fantásticos volados o apoyadas sobre *polines* o *postes*.

Entre el techo y el *entretecho* queda un vacío, una especie de desván y colchón térmico, provisto de respiración en sus *tapaderas* o *caballetes*, fabricado con residuos y *cortezas* de *madera* en ocasiones formando figuras *radiales*. Con semejantes técnicas se elaboraron desde el *siglo XIX* '*casas modestas, haciendas, chiqueros, macheros y trojes*'.

Las *habitaciones tarahumaras* utilizan técnicas mixtas de *pedra*, *madera* y *adobe*, en ocasiones muy semejantes a las descritas anteriormente, pero en otras conservan, como su *lengua nativa*, el *sabor sencillo y dulce* combinado con la *naturalidad* y *firmeza* de su *temple* o con el *impresionante impacto de sus panorámicas cuevas*, verdaderos *miradores* semejantes a los utilizados en las *casas de los barrancos* relacionados con el complejo arqueológico de *Paquimé, Patrimonio de la Humanidad*.

Sus *casas* generalmente dominando *valles* y *horizontes*, parecen buscar el disimulo en *esculpidas rocas* de *escarpados muros*, cuyas formaciones graníticas evocan *rostros, imágenes* o *símbolos*. Es notable el *semi sedentarismo* podríamos decir, entre la raza *tarahumara* ya que, debido a la delgada *capa húmifera* de sus *magüeches* (solares) y a los drásticos cambios de temperatura en tan *salvaje orografía*, se ven precisados a tener dos o tres *magüeches*, por lo general de *temporal*, con sus respectivas casas usadas para cocinar y pernoctar.

El sencillo *menaje* de las casas, todas con *fogón* y *tiro*, consiste en *metate, ollas, pieles* y *útiles de labranza* como *barretas, machetes* y *arados de reja curva* o de *punta de metal*.

Al internarse por la inaccesible *Sierra Tarahumara* más allá de los *barrancos* y de las *últimas poblaciones blancas*, existen más hombres *casta de venado, zapeta blanca* y *coyera a la cabeza*, que moran con sus mujeres en un profundo y enigmático *ostracismo*, guiados por *los owi-rú-a-me* (curanderos), practicando el *Jíku-rí* (rito del peyote), el *yú-ma-rí* (danza sagrada) o *rará-ji-pa* (carrera de la bola), con el sentido de su propio concepto y discernimiento de la vida, para nosotros, otra vida.

Sea en *San Juanito, Cusárare, Bocoyna, Guaguachique, Norogachi* o *Tónachi*, los serranos han trenzado poco a poco y al transcurrir de los siglos, una versión propia en el bosque, *Urique, Batopilas* o *Dolores* en los *profundos barrancos* hicieron lo suyo con *espacios abiertos, portales, ventilación cruzada, vegetación y cultivos tropicales* entre *rincones, arroyos y ríos* completamente *inexplorados*.

Así finalmente se manufactura en los *fríos bosques* de la *Sierra de Chihuahua* y en lo profundo de sus *cálidos, agobiantes o húmedos barrancos*, otra cultura *material y espiritual*, cuya existencia permanece en *comunión* con el *medio* y con el *hombre* que irradia *habilidad e ingenio, naturalidad y humanismo* tal que nos llama a *reflexionar sobre algo que ha perdido nuestra cultura* y que entre el *ritmo del proceso tecnológico y el materialismo*, va devorando paulatinamente éstas *fantásticas muestras de la vida y de la expresión vernácula*.

José Arturo Martínez Lazo.



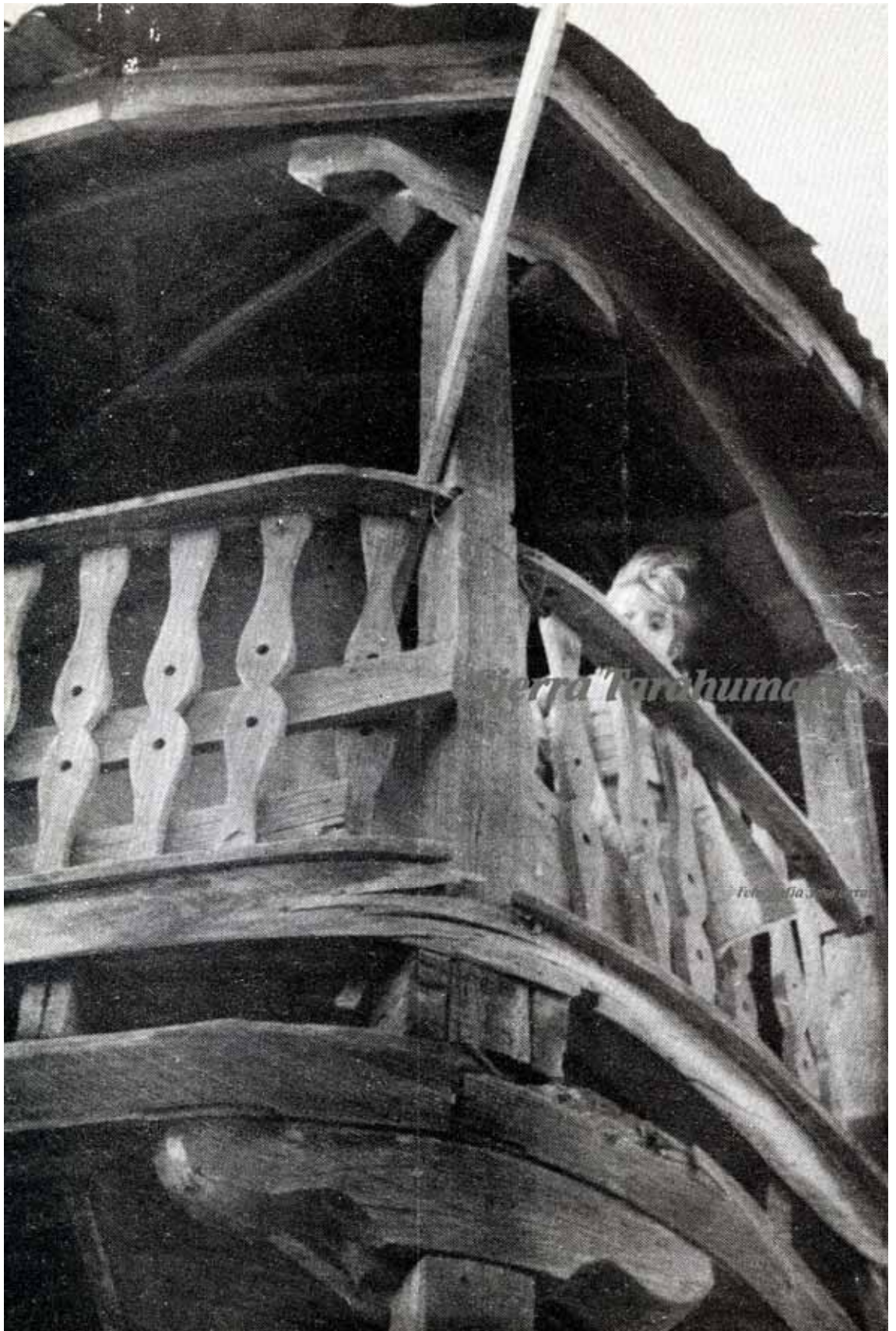
El latrocinio y la vulnerabilidad de los bosques laceran al tarahumara, al mestizo y al blanco serrano, dañan la economía del estado y colapsan fatalmente al ecosistema... y a las macro regiones naturales.



Con tapanco, piedra y zarzos en el portal.



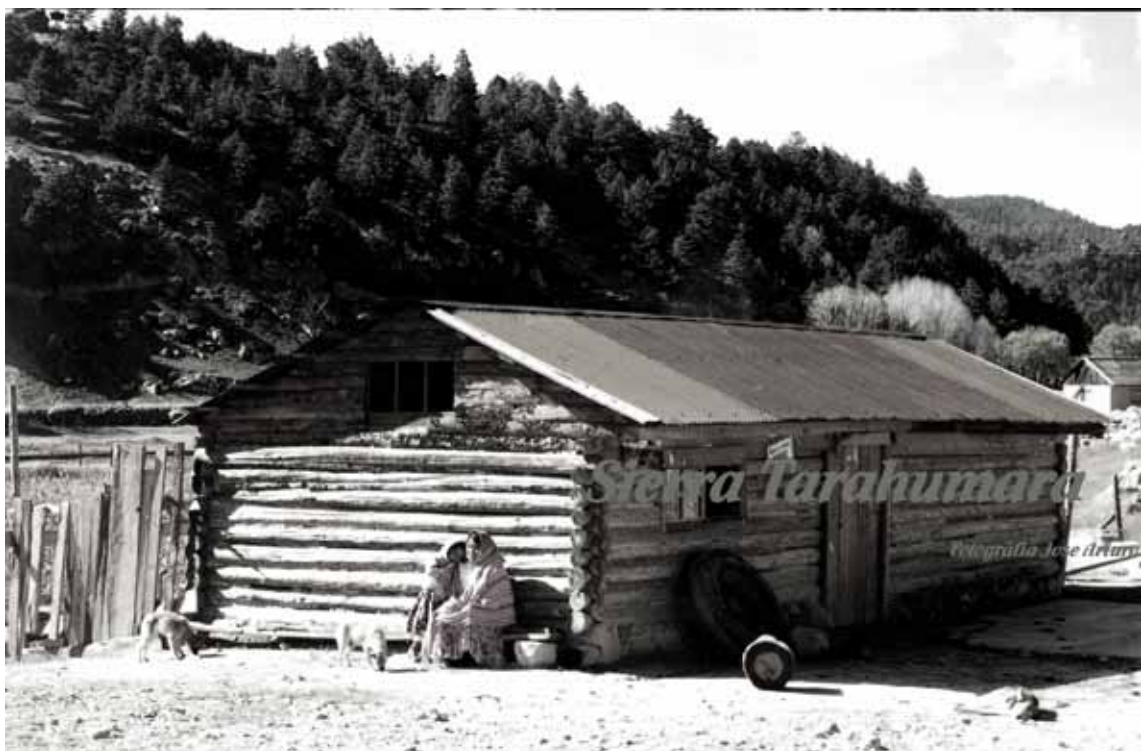
También de troncos la troje y el machero.



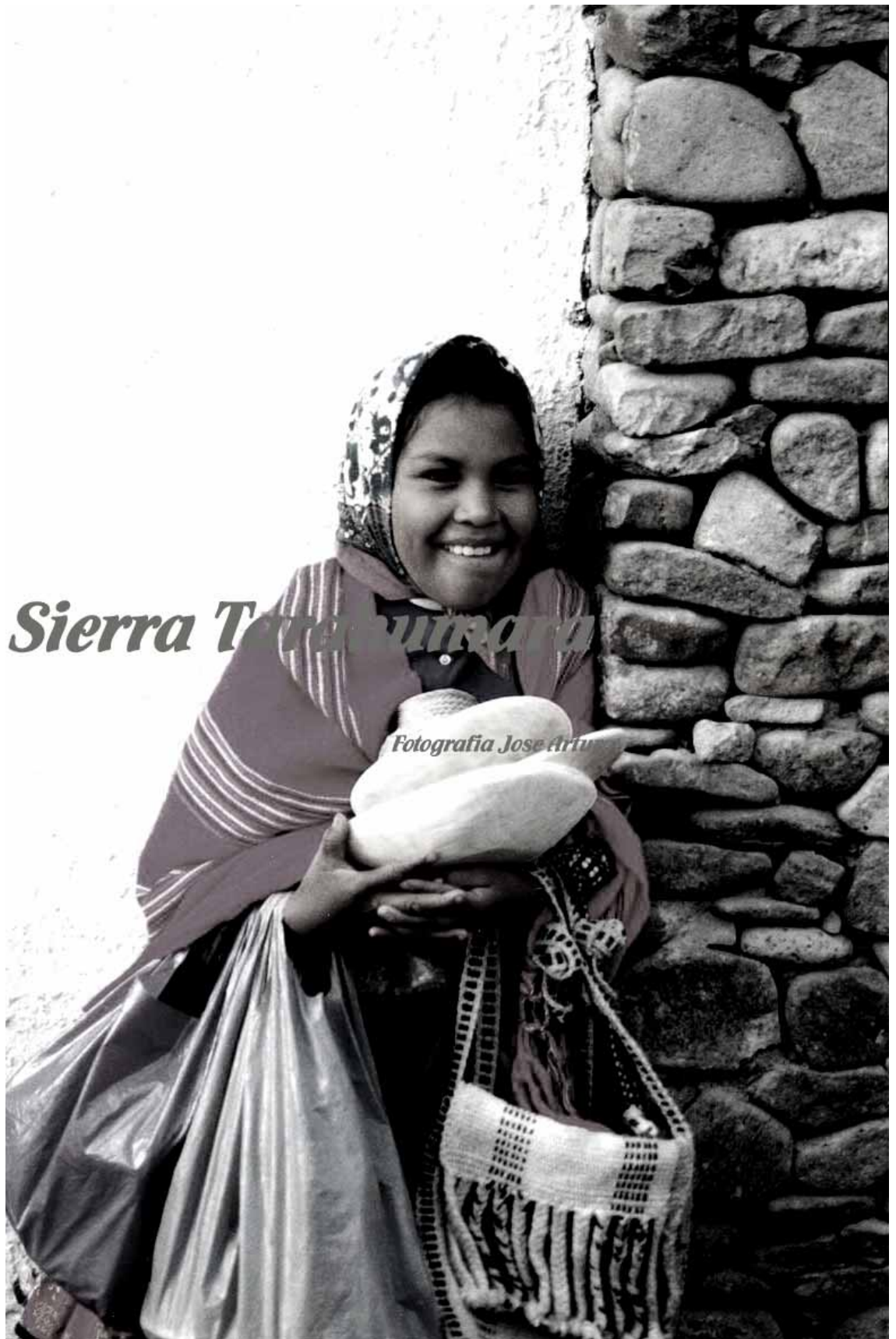
Mi casa tiene barandales de madera.



La vida cotidiana continúa en el cálido fondo de las barrancas, aunque nosotros no la veamos.



La libertad de la persona nace en el respeto a sí mismo y su bastión más fuerte es la familia.



¿Por qué dejar cicatrices?



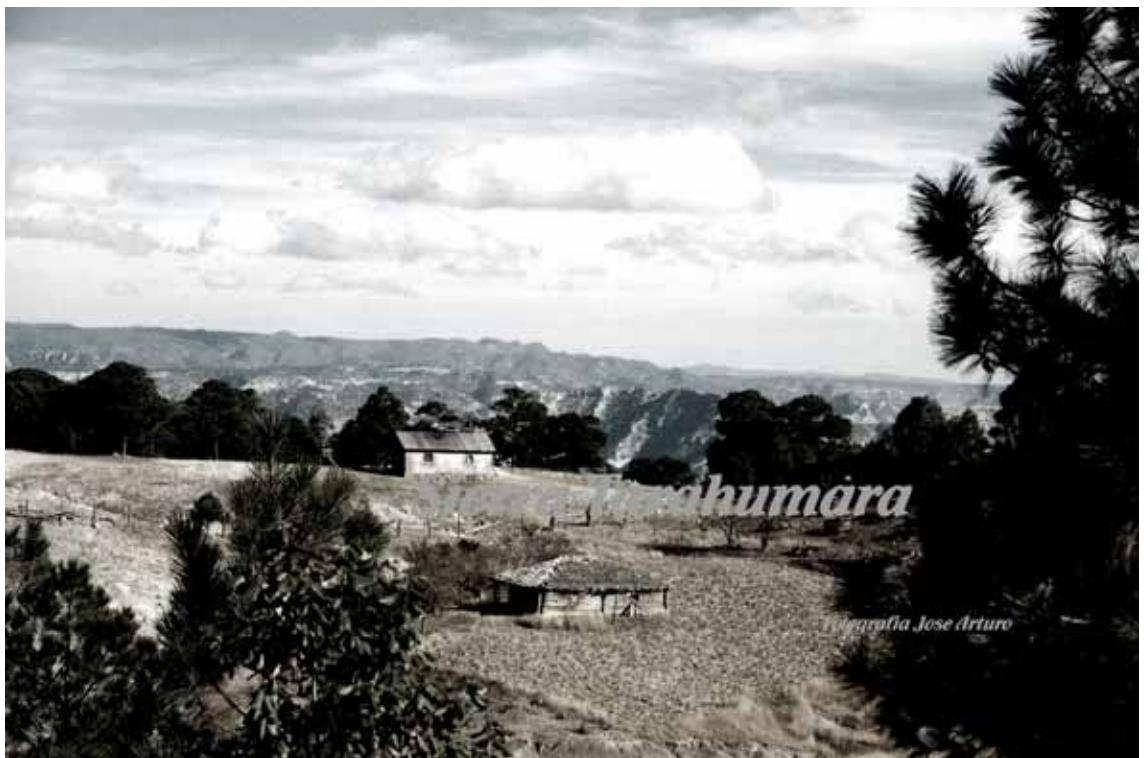
¿Serán los patrones religiosos y culturales lo que hay que cambiar?



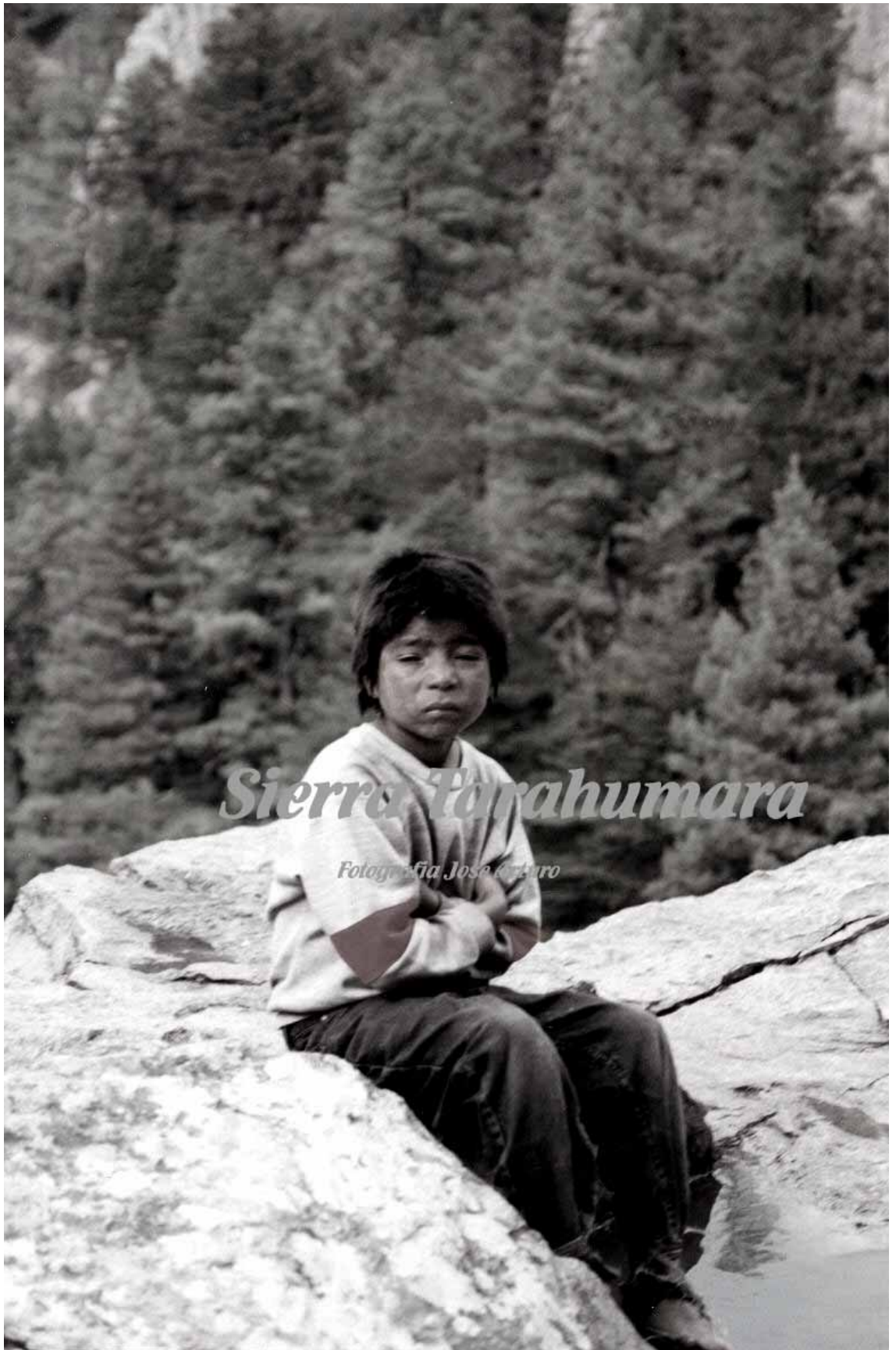
Hay que ascender en tan salvaje orografía.



Un espacio en el que parecen confluír la vida, los símbolos y la magia de los sueños.



Con dos o tres magüeches es suficiente.



¿Qué otra cosa podemos despojarles? ¿La cultura, la religión, los bosques, los animales silvestres, el idioma, el alimento o la propia vida?



En el sentido de la vida yace la identidad.



A través de la tradición existe un modelo espiritual. La historia también se teje con los guares.



La xenofobia repudia la idiosincrasia y es intolerante con lo particularmente sagrado de los pueblos.



La identificación colectiva no se traduce en teorías, sino en la alegría de vivir.



La importancia de lo pequeño.